

EL ACENTO EN LA RECONSTRUCCIÓN LINGÜÍSTICA. EL CASO IBÉRICO

Xaverio Ballester

No hace mucho LUIS SILGO, uno de los pocos especialistas en lengua ibérica, publicaba un artículo titulado “Algunos datos sobre el acento ibérico” (1994/5) donde, básicamente aunque entre otras cosas, se proponía el establecimiento de la posición ocupada por el acento en la lengua ibérica. La lectura de dicho trabajo nos ha movido a la siguiente serie de argumentaciones relativas tanto en general a la reconstrucción del acento en lenguas sin testimonio sonoro cuanto al caso ibérico en particular.

EL ACENTO: GENERALIDADES

Lenguas con acento, lenguas sin acento

En lo concerniente al acento la reconstrucción lingüística debe, nos parece, partir del hecho de que no todas las lenguas poseen acento. Así, en el ersia mordvano la posición del *acento* es libre e irrelevante —esto es, indistintiva— en relación a la morfología o el léxico, de modo que cualquier sílaba puede indiferentemente recibir cierta prominencia acentual (ZAICZ 1998: 190). También el osetio digorés (TESTEN 1997: 727s) se dejaría clasificar como lengua sin acento de palabra, mientras que en georgiano se discute su presencia y su posición (HEWITT 1996: 6; ARONSON 1997: 931s). Por otra parte, tampoco hay indicios de que glotogónicamente la posición del acento haya sido relevante, sino más bien lo contrario, de modo que al menos su relevancia posicional pudo ser cosa muy posterior al origen del habla. Como de inmediato veremos, la relevancia lingüísticamente más importante del acento es la posicional, pero no la única. Así, el fenómeno de la relevancia posicional parece haber sido un asunto más bien glotogenético, un desarrollo adscrito a los orígenes de las lenguas particulares y común y compartido por la mayoría de ellas, una vez que factores tan banales cuales el incremento léxico, el contexto oracional o el desgaste fonológico podrían fácilmente propiciar la aparición de la posición del acento cual elemento distintivo. Es sabido también que casi todas las lenguas conocidas disponen de un contingente de formas átonas, a menudo se trata de formas clíticas caracterizadas por su semántica más abstracta y tautoglótica (artículos, conjunciones, preposiciones, pronombres...), dándose a veces incluso series tónicas y átonas

para una misma categoría (del tipo *me* – [a] *mí*; cf. también, por ejemplo, la enclítica –*mu* frente a *amu* ‘yo’ en el luvita jeroglífico, etc.). También suele ser muy habitual el hecho de que determinados elementos —morfemas, por ejemplo— se caractericen por ser siempre tónicos, así el elemento –(d)t)or es siempre tónico en español (*cantor*, *pensador*...) como en otras lenguas románicas y también en albanés (*punëtor* ‘trabajador’ frente al paroxítono *punë* ‘trabajo’); también, por ejemplo, la desinencia adjetival masculina –oj es regularmente tónica en ruso (*goluboj* ‘azul’).

La distintividad del acento es asunto básicamente posicional, séase la discriminación de esa posición ya silábica, que es con mucho la más común, séase mórica. No consideramos aquí la distintividad del *acento* por la altura e inflexión melódica, ya que en ese caso en realidad estamos hablando de una distintividad no estrictamente acentual, sino *tonal*, resultando además que a efectos reconstructivos acento y tono se comportan diferentemente.

El hecho es que un número respetable aunque ciertamente minoritario de lenguas simplemente no disponen de acento y en otras, como es conocido, en lo relativo a la posición hay cierta *laxitud* acentual con tendencias diferentes según zonas y dialectos. Precisamente SILGO (1994/5: 175–8) realiza una buena presentación de la compleja situación de las hablas vascónicas. No lejos de allí es conocida, por ejemplo, la tendencia en diversas zonas de Aragón a generalizar la acentuación paroxítona (/kant'aro med'iko/ etc.). Con todo puede aceptarse como más común esa situación en la cual la mayoría de las lenguas sí utiliza el acento como un elemento lingüísticamente relevante, es decir, disponen de acento. Por otra parte, también puede aceptarse como relativamente probable en la reconstrucción lingüística —porque relativamente común— el que en principio una lengua presente una cierta uniformidad acentual en lo relativo a la posición.

Sentadas estas premisas, podemos aceptar también como no necesario, pero sí teóricamente probable el hecho de que la lengua ibérica dispusiera de acento y de que además lo presentara con una uniformidad suficiente como para permitir su reconstrucción.

Acento fijo, acento móvil

La primera dicotomía en lo concerniente a la posición del acento sería probablemente la distinción entre acentos de posición fija y acentos de posición móvil. De modo general —y debiera bastar decirlo una vez— ha de tenerse siempre presente la escasez de tipos absolutamente puros, de modo que, por ejemplo, en la mayoría de las lenguas se dan excepciones más o menos regulares. Lo cierto es que hay lenguas que en su totalidad o con pocas excepciones presentan un acento fijo, esto es, siempre en idéntica posición. En tales casos obviamente la posición acentual no puede servir para distinguir términos, es decir, el acento no presenta función *distintiva* (*amo* – *amó*), pero mantiene la función tradicionalmente denominada *demarcativa* y que es inherente a todo acento, a saber, la de demarcar una unidad léxica, de modo que en /kantalapi'edra/ entenderemos un topónimo o antropónimo *Cantalapiedra* y en /k'antalapi'edra/ un sintagma *canta la piedra*.

Móvil etimológico, móvil fonológico

Obviamente mayor variedad encontraremos en el caso de los acentos de posición móvil, una vez que por definición estos podrán recaer al menos en dos posiciones distintas. Justamente en razón de su variedad, varios son los criterios con los que podrían clasificarse los acentos móviles. Por ejemplo, podría distinguirse el número de posibles posiciones virtuales para el acento, desde la de mayor número de posiciones (dependiendo de cada lengua) a la de menor número (dos). La mayoría de las lenguas presenta importantes restricciones en lo referente a esta cuestión, de modo que si una lengua cuenta con formas que puedan contener, por ejemplo, hasta 7 sílabas o hasta 7 moras, en realidad el acento —recuérdese, siempre de forma regular— recaerá sólo en dos o tres de las sílabas o las moras. El acento tradicionalmente denominado *libre* se da en aquellas lenguas, como el ruso, en las cuales el acento puede en principio recaer en cualquier sílaba.

Sin embargo, la más significativa distinción quizá pueda establecerse atendiendo a la razón misma que determina la elección de una posición u otra. En ese sentido habría básicamente dos tipos acentuales fundamentales: el de motivación —denominémosla— *etimológica* de aquellas lenguas donde no existe otra razón sincrónicamente perceptible que el uso tradicional, y el de motivación *fonológica* de aquellas lenguas que determinan cuál será la posición del acento por razones internas de naturaleza fonológica en amplio sentido, tales cuales, por citar las más frecuentes, presencia o no de vocales largas, de sílabas trabadas o de diptongos, número de sílabas, de moras... etc. En este segundo caso lo significativo es el hecho de que se dispondrá de criterios más o menos regulares —aunque los *sienta* o no el hablante— por los que sincrónicamente será explicable la elección de tal o cual posición.

Como un alegato más contra la perniciosa idea de confundir lengua con escritura y asignar a aquella la regularidad y normatividad que suelen caracterizar más a la segunda, se insistirá en la escasez de tipos puros. No obstante, podrían citarse otra vez el ruso como ejemplo de regulación básicamente etimológica y el latín como de regulación básicamente fonológica. En latín el acento es proparoxítono siempre que la penúltima sílaba no contenga vocal larga, diptongo o trabada (*'occūpo*, pero *am'ātus*, *am'oenus*, *perm'agnus*), en definitiva, mientras la penúltima sílaba no esté trabada (cf. ZIRIN 1970: 73). En balucho y en brahui una vocal breve será tónica solamente si la palabra no contiene vocales largas o diptongos. También, por ejemplo, en el árabe clásico el acento recae en la penúltima si la sílaba es larga, pero si las dos últimas sílabas son breves, recae en la antepenúltima. En ainú por lo general el acento recaerá en la primera sílaba si es trabada, pero, si suelta, pasará a la segunda sílaba (REFSING 1986: 73).

Acento paroxítono, acento aparojítoto

Estadísticamente y con diferencia la posición acentual más común es en la penúltima sílaba de la palabra, de modo que, en términos generales, la paroxitonía es lo más común para lenguas tanto con acento fijo cuanto con móvil, y tanto para las lenguas con acento regulado ora etimológicamente ora fonológicamente.

Acento en la penúltima sílaba encontramos en muchas lenguas ya de modo prácticamente general (suajilio; asamés oriental; indonesio, javanés; polaco), ya preferentemente (lenguas zulúes; árabe, sirio nestoriano; balinés, buginés, quilivila, samoano, sundanés; albanés, castellano, catalán, galés, italiano, portugués, rumano, sardo; araucano, pipil, quechua...). Aun, para un buen número de lenguas con todas o mayoría de palabras oxítonas, esto es, de palabras agudas, resulta reconstruible un regular acento original en la penúltima (arameo; armenio, francés; guaraní...). Es decir, lo mismo que sucedió para muchas formas románicas como español *libertad*, francés *liberté*, italiano *libertà* (pero cf. lat. *libertātem*, port. *liberdade*), sucedió también para otras lenguas, como el armenio, que actualmente presentan un acento básicamente oxítono, y este mismo fenómeno pudo darse para otras lenguas sobre cuyo pretérito discurrir no poseemos tanta información.

A título de hipótesis excursiva: una posible causa del predominio de la paroxitonía sería una analogía de la acentuación de la palabra con la entonación de la frase enunciativa, ya que esta, como se sabe, es —y, al parecer, planetariamente— siempre descendente, de modo que una pequeña elevación de tono precede a una repentina bajada, indicándose así al receptor el fin de la oración. En esa hipótesis la palabra se comportaría como una oración en miniatura (y de hecho a veces lo es), con su bajada repentina indicando el final de una unidad léxica. Esta analogía, desde luego, resultaría sobre todo muy congruente con el modelo de lenguas aglutinantes o, mejor aun, incorporantes, donde, como es sabido, a menudo las *palabras* —si es que entonces podemos seguir definiéndolas así— tienen prácticamente la misma función y autonomía sintácticas que las oraciones o, por decirlo de otra manera, resultan muy porosas las fronteras entre palabra y oración. Acaso también con este hecho se relacione la tendencia a marcar el verbo —una oración en sí— de modo distinto al nombre, tal como encontramos en diversas lenguas (adjetivo: *último* – verbo: (*yo*) *ultimo*; lat. *refĕro* > *refiero*; inglés *import* paroxítono ‘importación’ y oxítono ‘importar’).

En favor también de esta hipótesis podría estar el hecho de que aquellos elementos totalmente refractarios a su conversión en interrogativos, como imperativos, vocativos o interjecciones (así *viene* > *¿viene?*, pero *ven*), suelen presentar en muchas lenguas una clara tendencia a la paroxitonía, tal como se desprende de situaciones como la del turco, donde, aunque el acento —al menos para las formas de citación— recae regularmente en la sílaba final, las interjecciones (*háydi* “¡venga!”) o los vocativos (*bába!* “¡padre!”) llevan acento en la primera sílaba (COMRIE 1997: 897). En cazajo las excepciones a la norma acentuativa las constituyen asimismo las formas expresivas, onomatopeyas, imperativos e interrogativos (KIRCHNER 1998: 320). Se recordará ahora que, a diferencia de las enunciativas, las oraciones interrogativas se caracterizan —también casi planetariamente— por la ausencia de aquel descenso entonativo final, son, diríase, regularmente *oxítonas*.

LA RECONSTRUCCIÓN ACENTUAL

Lenguas con escritura, lenguas sin escritura

La reconstrucción fonológica de aquellas lenguas de las que no disponemos testimonio sonoro es obviamente mucho más fácil si conservamos al

menos testimonio escrito y legible. Este último es el caso de la lengua ibérica, para la que, como es sabido, poseemos un relativamente abundante *corpus* textual, casi totalmente legible y casi totalmente ininteligible.

La reconstrucción fonológica de aquellas lenguas sin testimonio ni oral ni escrito, ha de hacerse por medios mucho más indirectos, se trata de una verdadera *reconstrucción* necesitada de unos métodos en buena medida distintos, por lo que esta opción no será ahora aquí considerada.

EL CASO DEL IBÉRICO

Los argumentos de SILGO

SILGO se decanta a favor de una mayoritaria paroxitonía en ibérico, siendo su principal argumento la existencia de “fenómenos de síncope. La evolución de ibérico **beles** a *bels*, que implica **béles*, se documenta ya en ibérico” (1994/5: 178). A tal argumento cabe precisar las siguientes objeciones.

En primer lugar, nuestro actual conocimiento de la lengua ibérica es, como veíamos, prácticamente el prototipo de aquella situación de escritura legible y lengua ininteligible. Consecuentemente, nuestro conocimiento decrece desde los aspectos más formales a los aspectos más de contenido, desde la fonología a la morfología y de esta a la semántica, para la que apenas y con dudas podrían ofrecerse muy pocos significados. Por tanto, nada asegura que **beles** y *bels* sean formas léxicamente relacionadas. Con ese mismo proceder, quien desconociera el significado de las palabras españolas, podría llegar a la conclusión de que, por ejemplo, la acentuación española de *caló* o *calor* eran /k'alo/ y /k'alor/ respectivamente, porque supuestamente una forma *cal* testimoniaría una forma sincopada de la misma raíz. Si además **beles** y *bels* pertenecieran a la misma raíz y *bels* representara la forma sincopada de un **beles** paroxítono (*/b'elef/), esperaríamos en el documento ausculano un **SANIBELESER* también paroxítono y no el *SANIBELSER* que encontramos.

En segundo lugar, aun concediendo que efectivamente **beles** y *bels* pertenecieran a una misma raíz o familia léxica, de ello no se sigue que tengan que representar la misma palabra y consecuentemente la misma acentuación. Con ese mismo proceder, quien desconociera la relación de formas como, por citar un ejemplo más afín, la de los también antropónimos *Corts* y *Cortés* o *Valls* y *Vallés* llegaría a la errónea conclusión de que *Corts* o *Valls* son las formas sincopadas de las otras, cuando simplemente sucede que en la segunda serie hay un adicional elemento derivativo.

La afirmación, por tanto, de SILGO (1994/5: 185) de que “la hipótesis de un acento inicial se muestra como sumamente atractiva y resuelve la mayoría de los casos (no puede dudarse por ejemplo de que esto ocurría en *beles* > *bels*)” puede *dudarse* en tanto en cuanto no se demuestre la superación objetiva de las ambas objeciones arriba expuestas. Nótese que SILGO habla de un “acento inicial” considerando que son disilábicos “la mayoría de los segmentos identificados en ibérico” (*ibid.*), lo que en la práctica hace que el acento recayera “en la mayoría de los casos sobre la segunda sílaba contando desde el final” (1994/5: 185). En definitiva, para SILGO formas como *Adingibas*, *Balciadin*, *Laurbeles* o *Umarginbas* serían paroxítonas, aunque se deduce de

su exposición la posibilidad —si bien no explicitada— de que formas como **atinbels**, **belestar** fueran oxítonas en aplicación de la propuesta de acentuar la primera sílaba (aquí única) del segundo (o último) componente. Nótese que, en estricta coherencia, en la propuesta de SILGO difícilmente sería aceptable la presencia de un **belestar** (SILGO: */beleʃt'ar/) al lado de un *SANIBELSER*, pues esperaríamos entonces un **SANIBELESER*, o la presencia de un *SANIBELSER* (SILGO: */sanib'elser/) al lado de un **belestar**, pues esperaríamos entonces un ***belstar**.

A este principal argumento SILGO agrega indicivamente la posible analogía con el complejo material vasco–aquitano así como el indirecto testimonio romance, con interpretaciones que, como en el caso del supuesto –**beleś** > –**bels**, no pueden ser siempre compartidas y sobre asuntos para los que a menudo cabe una interpretación alternativa, tal como veremos después pero sólo para unos pocos casos más significativos.

Lenguas aglutinantes y lenguas no–aglutinantes

Una primaria orientación para la localización del acento en una reconstrucción puede venir del tipo lingüístico al que pertenezca la lengua en cuestión, y aquí, por tanto, de la circunstancia de que la lengua ibérica, en toda apariencia, era básicamente aglutinante. Pues bien, hay que decir de inmediato que en lo relativo al acento la aglutinación se asocia con mucha frecuencia a los modelos de posición fija. La razón aparentemente más obvia para esta asociación reside en el hecho de que, por su propia naturaleza, la aglutinación presenta potencialmente una mucha mayor dificultad para reconocer una unidad léxica. Por ello resulta más fácil un modelo general que marque la sutura léxica en una posición previamente determinada, así una acentuación fija en cualesquiera sílabas para, por ejemplo, /kasagrande/ advertirá que se trata de una sola unidad *casagrande* (y no dos /k'asa gr'ande/, *casa* y *grande*) mucho más fácilmente —o, al menos, más económicamente— que si el acento fuera móvil y potencialmente, por la regulación que fuere, pudiera caer en cualquier posición (/k'asagrande kas'agrande kasa-gr'ande kasagrand'e/). Es decir, en las lenguas aglutinantes la relevancia de la función demarcativa del acento es mucho más vital que en el caso de las lenguas aislantes o de las fusivas, ya que en aquellas la identificación de las unidades léxicas es mucho más problemática. En efecto, aunque sin acento demarcativo una secuencia como *amáramos* podía ser virtualmente entendible como *ama*, *amara* o *amáramos*, al menos ni *–ra–* ni *–mos* son confundibles con ninguna otra unidad, lo que en cambio sí sucede con frecuencia en las lenguas aglutinantes y por ello en estas lenguas se hace más perentoria la presencia de un acento demarcativo. En las lenguas aglutinantes existe, por definición, mayor transparencia semántica y mayor composición. Así, por ejemplo, el aumentativo en *mansio* se marca mediante la adición del sufijo *–kapaj*, en realidad la forma *kapaj* ‘gigante’ (KERESZTES 1998: 414), de modo que la presencia de un único acento hace más fácil distinguir un verdadero aumentativo como, por ejemplo, ‘caserón’ (= ‘casagigante’) de una secuencia como ‘casa gigante’ con dos acentos. Además la acumulación de segmentos —semánticamente transparentes o no— es también por definición siempre mucho mayor en una estructura aglutinante que en una fusiva. Así

es difícil encontrar en el verbo español (y menos en el nombre) casos donde, como en *amáramos*, encontremos hasta tres o, si se quiere, al menos cuatro virtuales segmentos (*a, ama, amara, amáramos...* amén de *mar, mara, ara, aramos* o *amo*). En cambio, en las estructuras aglutinantes es fácil encontrar cifras muy superiores. En cazajo, por ejemplo, una secuencia como *jazušılarımızdayılardan* ‘de las cualidades de nuestros escritores’ ofrece diez potenciales segmentos independientes (*jaz* ‘¡escribe!, *jazu* ‘escrito’, *jazuşı* ‘escritor’, *jazušılar* ‘escritores’... ; CAMPBELL 1995: 545). Desde el punto de vista, pues, no sólo cualitativo, sino también cuantitativo la presencia de un claro acento demarcativo, a poder ser, fijo y, a poder ser, periférico (inicial o final) resulta *a priori* más *recomendable* para un tipo lingüístico aglutinante que para ningún otro.

Con esta explicación resulta congruente el hecho de que en las lenguas aglutinantes como acentos fijos se den con gran frecuencia precisamente el inicial o final, ya que estos marcan directamente el límite (inicial o final) de la unidad, por lo que el hablante no debe realizar el esfuerzo de *descontar* mentalmente las sílabas (o moras) que quedan para su límite (inicial o final). Así en las aglutinantes lenguas túrcicas es muy frecuente la presencia de un acento de altura ['] en la última sílaba de las formas nativas, mientras que puede haber también un acento de intensidad [ˈ], sobre todo en la sílaba inicial (JOHANSON 1998: 34s). Ese modelo lo encontramos, por ejemplo, en cazajo, salvo para las habituales excepciones ya mencionadas (KIRCHNER 1998: 320). Asimismo en la mayoría de las aglutinantes lenguas urálicas el acento recae en la primera sílaba (ABONDOLO 1998: 9).

También congruente con ello resulta el fenómeno de la armonía vocálica, tan asociado a las lenguas aglutinantes, si entendemos ahora el expediente como una forma más de marcar la integridad léxica de un segmento que, sin claras fronteras delimitativas, *a priori* sería segmentable e interpretable de diversos modos.

Todo lo ahora sucintamente expuesto supone la necesidad de considerar la posibilidad de que la lengua ibérica dispusiera de un acento fijo, examinando además su posible aparición en inicial o en final, una vez parece bien acreditada para el ibérico la pertenencia a un tipo básicamente aglutinante o, si se desea más precisión, quizá incorporante (DE HOZ 2001a: 344–8), en cuyo caso la presencia de un acento fijo sería aun más *recomendable*.

Sílaba fuerte, sílaba tónica

Aunque los acentos pueden ser de diversa naturaleza (fundamentalmente de intensidad, duración o altura), la sílaba donde recae el acento es, por cuanto sabemos, en todas las lenguas conocidas la sílaba *fuerte* en el sentido de que aquella sílaba donde recaiga el acento no presentará, por norma general, menor complejidad fonológica (fonética, fonemática, fonotáctica) que aquella sílaba *débil* donde no recaiga el acento. De modo que la sílaba tónica es, de natural, más fuerte que la átona, como puede comprobarse de su documentadísima mayor resistencia a las alteraciones. Así pues, las posiciones donde las sílabas aparezcan regularmente caracterizadas por la emergencia de fenómenos cuales diptongos, vocales largas o sílabas trabadas, pueden reflejar las posiciones tónicas, al constituir aquellos fenómenos unos buenos

índices de la presencia de sílabas fuertes. Dividiendo el análisis de las características de la sílaba fuerte en dos partes, la del consonantismo y la del vocalismo, veamos ahora algunos ejemplos.

Consonantismo fuerte, consonantismo tónico

Todos aquellos fenómenos asociables a un consonantismo fuerte remiten a una sílaba fuerte y ende, indirectamente, a una sílaba tónica.

Sílaba trabada, sílaba tónica

La relación entre sílabas tónicas y trabadas se manifiesta de diversas maneras, una muy habitual es la capacidad de la vocal en sílaba trabada para atraer el acento, resultando en esto homologable a la vocal larga. Naturalmente, las secuencias con consonantes propiamente geminadas se incluyen en este grupo, por lo que también la mayor presencia de geminación en una posición determinada puede indicar la ubicación del acento en la sílaba correspondiente a la primera consonante. Mientras que en el siríaco de los maronitas el acento es siempre paroxítono, en el siríaco de los nestorianos es oxítono si la sílaba final es cerrada (DANIELS 1997: 137).

En ibérico encontramos sílabas trabadas en todas las posiciones. Habida cuenta de la grande presencia de compuestos en el léxico ibérico, al respecto pueden ser especialmente significativas aquellas formas donde no pueda detectarse composición; son estas formas las que preferentemente hemos aquí seleccionado. Precisamente SILGO (1994/5) estudia con más detenimiento la cuestión de la interferencia morfoléxica en la acentuación, una interferencia aquí muy posible dado el abundante uso de la composición en ibérico. Nosotros seremos más exhaustivamente superficiales y no profundizaremos tanto. Por otra parte, no teniendo testimonio concreto y directo de la silabización ibérica, atenderemos al criterio general tan extensamente documentado de que dos (o más) consonantes contiguas se repartirán en principio en dos sílabas ($VCCV > VC \cdot CV$) siempre que no se presenten en orden de cierre decreciente, en cuyo caso es teóricamente posible que las dos pasen a la sílaba siguiente ($VCCv > V \cdot CcV$). Pues bien, nótese que aparentemente el ibérico admitiría sílabas trabadas en todas las posiciones: **iltírkesken**. Así tenemos sílabas trabadas iniciales (**iunstir / iunstír**), mediales (**lakerbelaur**) y finales (**bagarok, iunstir / iunstír**).

Sílaba aspirada, sílaba tónica

Asimismo determinados fenómenos fónicos de coarticulación suelen asociarse a la posición del acento. Quizá el más característico de estos suela ser la asociación entre tonicismo y aspiración, un aspecto, por cierto, lamentablemente descuidado por la Lingüística Indoeuropea tradicional. Así, por ejemplo, en suajilio /p t k tʃ/ pueden aspirarse en posición tónica, y las aspiradas a su vez pueden perder la aspiración en posición átona (CONTINI 1997: 845, 846, 847). También la aparición de espontáneas [h] en algunas hablas sayjádicas se atribuye a la presencia del acento (KOGAN-KOROTAYEV 1997: 224). En buruchasquio /h/ tiende a desaparecer excepto ante vocal tónica (/•h'V/; ANDERSON 1997: 1025, 1029). En pasto las sordas patrimoniales, ya oclusivas /p t tʃ/ ya africadas /ts tʃ/, presentan alguna aspiración si prevocálicas y tónicas (/C'V/ => [C^hV]; ELFENBEIN 1997: 740s). En muchas lenguas, en efecto, la aspiración es un correlato alofónico de la vocal, de modo que la

aspiración no se da si la consonante afectada está en contacto con otra consonante y no con una vocal. En contacto con vocal las oclusivas y africada sordas /p t k tʃ/ se realizan aspiradas en persa (WINDFUHR 1997: 680). Clara asociación entre aspiración y tonicismo se da también en quechua. Ese mismo tipo de asociación fue, como es sabido, defendida también repetidamente por MICHELENA (1990 especialmente) para la historia del vascuence.

En cuanto al ibérico, aunque, como es sabido, no hay pruebas del empleo fonemático de la aspiración, digamos que testimonios como el del antropónimo *URCHAIL* documentado en la Andalucía occidental pero “de apariencia claramente ibérica” (DE HOZ 2001b: 130) sugieren una acentuación oxítone [urk^hajl], si es que, como parece, tenemos un diptongo [aj] en sílaba trabada y final.

Vocalismo fuerte, vocalismo tónico

En posición tónica las lenguas suelen presentar mayor riqueza vocálica, lo que puede manifestarse en fenómenos tales como un mayor contraste de fonemas, la presencia de largas o una mayor presencia de largas, emergencia de diptongos... etc., de modo que la detección de tales y otros fenómenos, como el transvase vocálico, también claramente relacionables con la posición acentual, puede orientarnos en la localización de la posición del acento en la lengua por reconstruir.

Vocales largas, vocales tónicas

Bajo el acento toda vocal suele realizarse más larga, como manifiestan, entre otros, el dialecto guanechi (*Wanetsi*) del pasto (ELFENBEIN 1997: 749s) o el suajilío. En el caldeo actual una vocal final es breve salvo que sea tónica (R.D. HOBERMAN *apud* DANIELS 1997: 137). En maltés es muy común la neutralización de largas y breves en atonía (BORG 1997: 266). Existe así una natural asociación entre vocales largas y tónicas, de modo que, por ejemplo, en maorí el acento recaerá, de haberlas, en la I vocal larga —o diptongo— (CAMPBELL 1995: 329). También en mongol el acento recaerá en la I vocal larga (CAMPBELL 1995: 346). En fulanio el acento tiende a recaer en las vocales largas (CAMPBELL 1995: 179). Manifestación inversa de lo mismo sería la común restricción que prohíbe la presencia de vocales largas en posición átona, así en antiguo egipcio o en buruchasquio (ANDERSON 1997: 1027s). En estonio las vocales largas sólo se dan en sílaba tónica, que es la inicial (CAMPBELL 1995: 158). Es además un hecho reconocido el que las vocales tónicas suelen realizarse más largas que las átonas. Así, vocales largas y tónicas son siempre simultáneas en algunos dialectos lacos (ANDERSON 1997: 994). En curdo la vocal átona larga en posición final absoluta se abrevia. En el latín postclásico de modo general las diferencias cuantitativas (o diferencias alofónicamente cualitativas de origen) entre las vocales átonas se neutralizaron. Valgan también los ejemplos anteriormente citados de balucho, brahui o latín clásico a propósito de la regulación prosódica como testimonio de la asociación entre vocales largas y sílabas tónicas.

Sin embargo, el testimonio ibérico es inoperativo al respecto, ya que todo apunta a la inexistencia en esta lengua de una distinción fonemática entre vocales largas y breves.

Vocales diptongadas, vocales tónicas

La constatación de variaciones como *juegas, puedo, suele – jugarás, podemos, soler* o afines debe conducirnos a predecir la presencia del acento en la secuencia vocálica más compleja (o, si se prefiere, en el diptongo creciente) del segmento /ue/ y a la conclusión de que este pueda ser tónico frente a sus correlatos, los monoptongos /u/ y /o/, que serían átonos. En muchas lenguas, de hecho, los diptongos son monoptongizados en posición átona. En la mayoría de los dialectos chechenos todos los diptongos son tónicos. Existe así una natural asociación entre diptongos y acento, de modo que, por ejemplo, en maorí el acento recaerá, de haberlos, en el I diptongo o vocal larga (CAMPBELL 1995: 329). El español es singular por su gran tolerancia a diptongos y hasta triptongos en atonía, sin embargo, no permite otro hiato vocálico que el tónico, por lo que secuencias como VV son transformadas en diptongos átonos (*aúna* /a•u•na/ – *aunar* /au•n'ar/).

Por lo que concierne al ibérico, en esta lengua no es detectable una especial presencia de diptongos en posición alguna, y ello con el *caueat* de que la identificación de estos resulta además, por razones obvias, especialmente difícil. Ahora bien, partiendo del testimonio de la adaptaciones y suponiendo que potencialmente al menos las secuencias –**ai**– y –**au**– pueden indicar los más habituales diptongos (a saber, [aj] y [aw]), notaremos la probable presencia de diptongos tanto en posición inicial (**au**šesken), cuanto medial (**se**teisken) y final (**ibeis, kankinai, lake**rbelaúr). Es, además, de notar la posible presencia de sílabas extralargas (trabadas y diptongadas) al menos en posición medial (**seteisken**) y en posición final (como en **lake**rbelaúr).

Vocal de atracción, vocal tónica

También, siempre que puedan establecerse, los fenómenos de infección vocálica o parcial transvase de la vocal átona a la sílaba tónica (tipo alemán *Buch* ‘libro’, mas plural y paroxítono *Bücher*) o de transvase incluso total de la vocal átona a la sílaba tónica (tipo inglés *foot* ‘pie’, mas plural *feet* de un paroxítono *fōti, esto es, 'VCV > 'VVC) son buenos indicios de la posición del acento. El fenómeno es especialmente común en Europa occidental (céltico, germánico, algo también en vascuence) y ha sido recientemente propuesto para el ámbito celtibérico e hispano-céltico en general por DE BERNARDO (2001: 324–8; eg. *gallacios > *gallaicos), resultando, al parecer, históricamente frecuente en el cuadrante nordoccidental de la península, de modo que, por ejemplo, *Sella* debe de provenir del *Saliam* de Mela (3,1,14) mediante ese mismo tratamiento (*/s'alia > s'aila > .../).

En el caso ibérico, sin embargo, no es detectable ningún fenómeno de transvase vocálico.

Vocal variada, vocal tónica

La vocal tónica es más fuerte que la átona, como puede comprobarse de su documentadísima mayor resistencia a las alteraciones, por lo que ciertos timbres o fonemas pueden aparecer sólo en posición tónica y, viceversa, algunos otros timbres son propios de posición átona. Así el estonio conoce una gran reducción en el timbre (y cantidad) de sus vocales átonas (CAMPBELL 2000: 158). Siendo aquí numerosos los modelos, variedades y testimonios que podrían citarse, nos limitaremos a ejemplificar tan sólo uno.

Un timbre, en efecto, muy propio de posiciones átonas es el elemento [ə] o afines fonas vocálicas muy centralizadas. Muchas lenguas conocen una reducción drástica a un sólo timbre de todas las vocales, así en manés [ə] era la realización átona de todas las vocales (BEDNARCZUK 1988: 683), tal como también en sudarábigo moderno [ə] es el resultado de la reducción de todas las vocales breves átonas (CORRIENTE 1996: 24). En armenio [ə] es la realización automática de toda vocal epentética, una vocal, por tanto, siempre átona, mientras que en mongol, salvo en posición inicial, la vocal breve átona se realizará [ə] o incluso puede desaparecer totalmente (PEYRÓ 2000: 96), pues la reducción más drástica es la desaparición completa de la vocal. Ahora bien, la reducción de las vocales átonas puede ser también menos severa dejando operativo más de un timbre vocálico. Por ejemplo, en búlgaro [ə] es realización sólo para la /a/ átona y en catalán sólo para las átonas /a e ε/ permitiéndose, aunque pocos, otros timbres para las demás vocales. En cualquier caso, [ə] resulta un elemento típicamente característico de las posiciones átonas, por lo que suele ser indicio de atonía e indirectamente, por tanto, de la posición del acento.

En el caso ibérico no se observan grandes diferencias vocálicas según la posición silábica. Si acaso, en el debatido estatuto fonemático para [u] y [o] en ibérico /u/ y /o/. La situación recuerda algo a la del occitano donde /o/ es siempre tónico, transformándose, como en catalán, en [u] en posición átona (*sortido* [surtidu] 'salida'). Ahora bien, una cierta renuencia a la alternancia vocálica es también característica de las lenguas aglutinantes, para las cuales, por razones ya comentadas, es eventualmente mucho más económico y seguro el procedimiento de la armonía vocálica, es decir, de la unificación, según determinados parámetros, de todas las vocales, un fenómeno este de la armonía que suele presentar una mayor independencia de la posición del acento. Con todo, indirectamente la presencia de alternancias o al menos variaciones vocálicas en una determinada posición silábica puede sugerir su carácter átono. En ese sentido contra la propuesta de un acento general paroxítono en ibérico estarían variaciones vocálicas en la penúltima sílaba como, con todas las cautelas, un polibiano (pássim) Ἀνδοβάλης, junto a *Indibilis* (vg. Liu. 22,21,2, también *Indebilis* que podría ser simplemente una naturalización popular), Ἰνδιβέλης (Diodor. 26,22) u otras variaciones afines (como Ἰνδιβόλις), formas todas ellas que deben de corresponder a un ibérico ***intibeleś** (QUINTANILLA 1998: 101; cf. **intebele**). Además, en sílaba inicial encontramos alternancias ciertamente llamativas como las existentes entre las probables correspondencias **kese**, *Cessetani*, *Cessetania* (Plin. nat. 3,21,5) : **kose**, Κοσσετανῶν (Ptol. *geogr.* 2,6,17) y aun probablemente *Cissis*, Κίσσις. Parecida alternancia en sílaba inicial encontraríamos en Τηλοβίς (Ptol. *geogr.* 2,6,71) frente a *Tolobin* (Mela 2,90). Alternancias vocálicas en sílaba inicial encontraríamos también en siempre posibles correspondencias cuales **neronken** : *Narbo* o, si las formas están en relación, entre **untikesken** : Ἰνδικήται, *Indegetes* (QUINTANILLA 102, 176). Entre las alternancias vocálicas en sílabas mediales mencionemos posibles, probables o prácticamente seguras correspondencias cuales **bařkeno** : *Barcino*; **il-tirkesken** : *Ilergetes* y, otra vez **untikesken** : *Indegetes*. Como de costumbre, la obra de QUINTANILLA (1998), donde se encuentran clasificadas todos estos tipos de variaciones, resulta de inapreciable utilidad.

De modo general ha reconocerse en ibérico una menor estabilidad vocálica —en principio sin indicios de deberse a causas morfológicas— en todas las sílabas no finales. Ciertamente no faltan tampoco variaciones, sobre todo en las versiones anepicóricas —en las adaptaciones griegas y latinas— para la sílaba final, pero por tratarse de una sílaba muy marcada morfológicamente en estas lenguas, en la mayoría de los casos tal variación vocálica final se deja explicar sin mayores problemas como una adaptación morfológica del tipo *Celsa* para **kelse** u *Osicerda* para **usekerte**, una vez que no existen en latín substantivos con nominativos en *-e*. Aquella última y segura correspondencia **usekerte** : *Osicerda*, Ὀσικέρδα resulta especialmente significativa, ya que no se da una equiparación en el timbre vocálico para tres sílabas, pero siendo sólo explicable por adaptación morfológica la variación en la última de ellas; esta situación, evidentemente, admite muy bien la hipótesis de una acentuación oxítona para **usekerte**. De modo general se notará que mientras las variaciones *e* : *i* y *o* : *u* podrían ser también explicables por la incidencia del factor cuantitativo en la adaptación de las vocales latinas, dada la tendencia a la confusión en tales timbres para el caso de las breves, variaciones cuales *e* : *a* (**neronken** : *Narbo*), *e* : *o* (**kese** : **kose**), *o* : *i* (**kose** : *Cissis*) o *u* : *i* (**untikesken** : *Indegetes*) no pueden ser imputables a interferencia de la lengua adaptante por lo que deben de reflejar más bien vacilaciones o variaciones indígenas del tipo que fueren.

La afinidad con otras lenguas

El estudio del mismo fenómeno en lenguas afines y mejor documentadas en este aspecto puede indirectamente darnos también alguna información para la lengua y el fenómeno que pretendemos reconstruir.

En el caso ibérico, razonablemente apenas podría remitirse al aquitano y, consecuentemente, al vascuence. Ahora bien, es sabido que el conjunto de las hablas vascónicas no presenta una acentuación unificada, sino que manifiéstase con una diversidad y complejidad tal que incluso podría negarse que, al menos originariamente, existiera en realidad empleo fonemático del acento. La exposición pormenorizada de tan complejos hechos no está aquí justificada, tanto porque ya se encuentra en la presentación de SILGO (1994/5) cuanto por la previsible escasa utilidad que aquí tendrían.

Las adaptaciones griegas y latinas

Por fortuna, para la reconstrucción de aspectos fónicos de algunas lenguas disponemos además del testimonio adicional y a menudo muy importante de la transliteración —o usualmente transcripción— de formas de la lengua por reconstruir a lenguas mejor conocidas.

Ese es también el caso del ibérico, para el que disponemos de un buen número de adaptaciones sobre todo a las lenguas y escrituras del latín y del griego. El problema principal estriba en que, como suele ser habitual, ambas lenguas—escrituras de adopción presentan sus propias regulaciones, a las que lógicamente adaptan las formas indígenas. En ese sentido cumple decir que aparentemente constituye, desde luego, una objeción grandiosa a la propuesta de SILGO el hecho de que en todos los casos el latín evite precisamente la acentuación paroxítona: *Baetulo*, *Barcino*, *Ilici*, *Tarraco*... formas todas con

acento en la primera sílaba al valer como breve la vocal en la sílaba penúltima y abierta. Única excepción serían los —por cierto, escasos— casos donde la forma nativa presentaba una sílaba penúltima trabada, por lo que el latín obligatoriamente ha de acentuarla como paroxítona (**iltírta**), fuera cual fuera la posición acentual del original. El proceso sería comparable a nuestras históricas adaptaciones *Dublín* o *Berlín* o *Mambriú* (del inglés *Marlborough*), que no respeta[ro]n la acentuación original. Lógicamente no cabe considerar una excepción la acentuación ya totalmente a la latina una vez las formas se han regularizado morfológicamente, como en el tipo *Tarracōnis*, *Tarracōnem*... etc., ya que la declinación latina de los temas en nasal presenta una vocal predesinencial *-ō*.

La limitación concreta más notoria que encontramos en este asunto es la imposibilidad del latín para presentar formas oxítonas, de modo que mientras el griego puede ofrecer, por ejemplo, un *Μολοχάθ* (Ptol. *geogr.* 4,1,7) o un *Μαλαχάθ* (Ptol. *geogr.* 4,6,8 en África; nótese otra vez la asociación de acento con aspiración y sílaba trabada), el latín debe presentar necesariamente una forma anoxítona, por ejemplo, un afín *Malaca* pero proparoxítono. En ese sentido puede resultar extraordinariamente más significativa la acentuación griega *Σαιταβίς* que la proparoxítona latina *Saetabis* para la secuencia ibérica **šaitabi** correspondiente a la actual *Játiva* / *Xátiva*, una vez que, dado lo extraño de una final *-ις*, el griego disponía de mayor libertad para acentuar que en otros casos, como *Βαίκουλα* (o *Βαικούλα*) para **baikula** o *Βαιτουλών* para **baitolo**, donde la analogía con desinencias patrimoniales propiciaba precisamente esas acentuaciones. Similar a *Σαιταβίς* (Ptol. *geogr.* 2,6,61) sería el caso de *Τηλοβίς* (Ptol. *geogr.* 2,6,71). Nótese también, siempre en el territorio de los jacetanos (Ptol. *geogr.* 2,6,71), *Ἀναβίς*, *Ἀσκερρίς*, *Βακασίς*, *Σετελσίς*, entre los contestanos (Ptol. *geogr.* 2,6,61) *Ἰασπίς*, *Ἰλικίς*, y entre los ilercáones (Ptol. *geogr.* 2,6,63) *Βισκαργίς*.

La pervivencia

Para la reconstrucción del acento originario podemos, por último, atender también a la posible pervivencia de la posición acentual en palabras de aquella lengua que hayan pervenido históricamente o incluso hasta nuestros días. Obviamente en la mayoría de los casos tal contingente estará constituido básicamente por ciriónimos (antropónimos, etnónimos, topónimos...), la cual, por cierto, es probablemente la mejor opción, dada la también mayor resistencia de estas formas a integrarse en paradigmas morfológicos.

Pero el argumento de la pervivencia es en el caso ibérico muy complejo por las obvias interferencias, primero y básicamente del latín y después de los respectivos romances de las zonas, más las sucesivas eventuales naturalizaciones de otras lenguas de *paso*, como germánicas o arábicas. Todo ello supone que históricamente debe haber habido una especie de *embudo* que ha filtrado probablemente la mayoría de las acentuaciones antiguas, perviviendo sólo aquellas acentuaciones compatibles con todos los sistemas posteriores. Escasos los casos que podrían citarse siquiera con alguna probabilidad, pero mencionemos al menos un topónimo posiblemente ibérico o quizá iberizado *Gador* /*gad'or*/ (GARCÍA 2001: 38) y remontable sin mayores dificultades al **kaitur** de una leyenda monetal.

Conclusión

En provisional conclusión se dirá que en el caso ibérico los diversos testimonios disponibles apuntan más bien a un tipo de acento demarcativo, más bien fijo y más bien final (oxítono) que inicial, al menos para un contingente importante y patrimonial de formas. Esa oxítonía en algunos casos habría quedado obscurecida por el hecho de que en las adaptaciones tanto griegas como latinas correspondía a una sílaba desinencial, de modo que esta habría sido adaptada en muchos casos. En cualquier caso y *pace* SILGO, no puede —nos parece— darse por segura una general acentuación paroxítona en ibérico.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas

Phonologies... = Kaye, A.S. (ed.) - Daniels, P.T. (adv.) (1997): *Phonologies of Asia and Africa*, II voll., Indiana.

The Turkic... = L. Johanson L. - Csató, É. Á. (edd.) (1998): *The Turkic Languages*, Londres-N. York.

The Uralic... = Abondolo, D. (ed.) (1998): *The Uralic Languages*, Londres-N. York.

Obras

Abondolo, D.: "Introduction", *The Uralic...*, pp. 1–42.

Anderson, G.D.S.: "Lak Phonology", *Phonologies...*, pp. 973–97.

Anderson, G.D.S.: "Burushaski Phonology", *Phonologies...*, pp. 1021–41.

Aronson, H.I.: "Georgian Phonology", *Phonologies...*, pp. 929–39.

Bednarczuk, L. (1988): "Języki celtyckie", en L. BEDNARCZUK red., *Języki indoeuropejskie*, II, pp. 645–731, Varsovia.

Borg, A.: "Maltese Phonology", *Phonologies...*, pp. 245–85.

Campbell, G.L. (1995): *Concise Compendium of the World's Languages*, Londres-N. York.

Comrie, B.: "Turkish Phonology", *Phonologies...*, pp. 883–98.

Contini-Morava, E.: "Swahili Phonology", *Phonologies...*, pp. 841–60.

Corriente, F. (1996): *Introducción a la Gramática Comparada del Semítico Meridional*, Madrid.

Daniels, P.T.: "Classical Syriac Phonology", *Phonologies...*, pp. 127–40.

De Bernardo Stempel, P. (2001): "Grafemica e fonologia del celtiberico: 1. Nuovi dati sulle vocali mute; 2. Una nuova legge fonetica che genera dittonghi; 3. Fonti e fasi di sviluppo della sibilante sonora", *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania, Actas del VIII Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca 11-15 de mayo de 1999)*, ed. por F. Villar y M^a P. Fernández, pp. 319–334, Salamanca.

De Hoz, J. (2001/a) "Hacia una tipología del ibérico", *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania, Actas del VIII Coloquio Internacio-*

- nal sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca 11-15 de mayo de 1999)*, ed. por F. Villar y M^a P. Fernández, pp. 335–362, Salamanca.
- (2001/b): “Sobre algunos problemas del estudio de las lenguas paleohispánicas”, *Palaeohispanica* 1, pp. 113–49.
- Elfenbein, J.: “Pashto Phonology”, *Phonologies...*, pp. 733–60.
- García-Bellido, M^aP. (2001): “Plomos monetiformes con el topónimo ibérico de Gador”, *Palaeohispanica* 1, pp. 335–40.
- Johanson, L.: “The Structure of Turkic”, *The Turkic...*, pp. 33–66.
- Hewitt, G. (1996): *Georgian. A Learner’s Grammar*, Londres–N. York.
- Keresztes, L.: “Mansi”, *The Uralic...*, pp. 387–427.
- Kirchner, M.: “Kazakh and Karakalpak”, *The Turkic...*, pp. 318–32.
- Kogan L.E. – Korotayev, A.V. (1997): “Sayhadic (Epigraphic South Arabian)”, R. Hetzron ed., *The Semitic Languages*, pp. 220–241, Londres–N. York.
- Michelena, L. (1990): *Fonética Histórica Vasca*, San Sebastián.
- Peyró García, M. (2000): *Introducción a la lengua mongol*, Granada.
- Quintanilla, A. (1998): *Estudios de Fonología Ibérica*, Vitoria.
- Refsing, K. (1986): *The Aimu Language. The Morphology and Syntax of the Shizunai Dialect*, Aarhus.
- Silgo, L. (1994/95): “Algunos datos sobre el acento ibérico”, *Arse* 28/9, pp. 175–85.
- Testen, D.: “Ossetic Phonology”, *Phonologies...*, pp. 707–31.
- Windfuhr, G.L.: “Persian Phonology”, *Phonologies...*, pp. 675–89.
- Zaicz, G.: “Mordva”, *The Uralic...*, pp. 184–218.
- Zirin, R.A. (1970): *The Phonological Basis of Latin Prosody*, La Haya–París.

Xaverio Ballester
Universidad de Valencia
e-mail: xaverio.ballester@uv.es